



El niño del ajedrez Màrius Carol



DESTINO

El niño del ajedrez

Màrius
Carol

Traducción de Rosa María Prats de la Iglesia

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1658

Título original: *El nen dels escacs*

© Màrius Carol Pañella, 2024

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.

© por la traducción del catalán, Rosa María Prats de la Iglesia, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

LLL institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-233-6566-1

Depósito legal: B. 14.283-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

Una fotografía amarillenta dentro de un libro

Los periodistas contamos historias, historias que, a ser posible, nos despierten la curiosidad, nos emocionen y nos hagan pensar. Los periodistas soñamos con narrar historias que pasan en la otra punta del mundo, pero a menudo las mejores ocurren cerca de casa.

De las muchas crónicas que he escuchado y he podido leer sobre la guerra civil, una de las que más me ha impresionado me la contó mi suegro. De hecho, es un relato que no termina con los combates, sino diez años después, que es el tiempo que su padre estuvo escondido en casas y bosques del Penedès con el fin de salvar su vida. Era el sastre de Sant Sadurní d'Anoia y, además, concejal desde las elecciones municipales que dieron la victoria a las candidaturas republicanas en abril de 1931. Poco antes de que las tropas nacionales entraran en el municipio al terminar la guerra, los dirigentes de Esquerra Republicana le recomendaron que huyera a Francia, cosa que intentó, aunque finalmente tuvo que desistir.

Como su esposa no quería partir con dos niños

pequeños hacia un futuro incierto, Antoni decidió esconderse para salvar el cuello. A sus hijos, la madre les contó que su padre había muerto huyendo camino de la frontera a manos de los fascistas. Fue una forma de garantizar que nunca pudiesen decir nada que pusiera en peligro su vida.

El chico, de siete años, se convertiría al cabo del tiempo en mi suegro. Mantuvo una relación con su padre sin saberlo mediante misivas en las que este le hacía llegar jugadas de ajedrez que el hijo debía resolver. El niño había aprendido a jugar en casa y tenía una gran confianza en sí mismo. Pero jamás se le pasó por la cabeza que el hombre con el que jugaba partidas a distancia fuera su padre, que intentaba sobrevivir, siempre con el miedo en el cuerpo de que lo descubrieran y acabar en prisión o fusilado ante la valla del cementerio. El niño creyó en todo momento que su maestro de ajedrez era un amigo de la familia, hasta que un día, una década más tarde, reapareció en el pueblo el verdadero jugador: su padre. Pero ni siquiera entonces pudo disfrutar de su calidez, porque desgraciadamente la historia concluyó ahí. En esos instantes, nadie podía imaginar que el destino le tuviera reservado un jaque mate a ese jugador tan bueno.

Medio siglo después de aquel día en que Antoni Lloret reapareció en el pueblo para decir que estaba vivo y que quería reintegrarse a la vida civil, se publicó un libro titulado *Retrats 1865-1997. Crònica il·lustrada de Sant Sadurní d'Anoia*. El padre de mi mujer, Anton, nos invitó un domingo a comer en su piso de la avenida de la República Argentina, en

Barcelona, y regaló un ejemplar a cada uno de sus cinco hijos. Pero, antes de entregárselo, quiso leer en voz alta un par de páginas que el historiador Carles Querol dedicaba a su padre.

Era un acto de orgullo ante su familia. Le habíamos oído contar buena parte de las historias que allí se relatan. Su padre había sido un héroe local, al que no se le había reconocido la injusticia que le tocó vivir ni la impecable hoja de servicios que le había dedicado al pueblo que le vio nacer. Pero finalmente, medio siglo después, tenía el homenaje de su ciudad, que había patrocinado la obra. Para mi suegro, aquellos párrafos constituían un verdadero acto de desagravio:

Lloret decidió desaparecer en 1939, justo cuando las tropas franquistas entraban en Sant Sadurní, temeroso de la barbarie fascista. Permaneció escondido, primero en un recinto camuflado en su casa y después en el pajar de una masía del Torrent Fondo, en Sant Llorenç d'Hortons, y esporádicamente también en Barcelona. Y esto durante diez años. ¡Diez años! Solo su madre y su mujer conocían su escondite, y consiguieron mantenerlo en secreto a pesar de los registros y las amenazas de los falangistas y la Guardia Civil.

Mi suegro leyó el texto de pie, frente a la mesa. Quería darle la máxima solemnidad a ese íntimo acto familiar que certificaba lo que nos había contado durante años. Debía de pensar que no habían dado la importancia que se merecía a la figura de su

padre, a lo que hizo y representó. Hasta ahí pudo leerlo de un tirón; a partir de ese instante, le fue más difícil controlar las emociones. Mi suegra lo miraba paciente y cariñosa, sabiendo lo mucho que representaba para su marido aquel reconocimiento escrito de la figura paterna. Bebió un trago de agua y continuó:

En abril de 1949, los familiares, los amigos y el abogado de Antoni Lloret coincidieron en la opinión de que después de diez años no había motivos para mantener aquella situación y optaron por plantear su vuelta a las autoridades franquistas de la villa, a través del párroco de la parroquia, mosén Lluís Maria Vidal, al que dieron garantías de que por el hecho de no haber ningún proceso abierto, ni ninguna denuncia, ni ninguna constancia de la participación de Lloret en actos criminales durante la guerra, su aparición pública no tendría consecuencias.

Llegado a este punto, vi que mi suegro empezaba a quebrarse. Tenía los ojos llorosos y se le rompía la voz. La emoción que los recuerdos hacían aflorar en ese rostro surcado por tanta vida me conmovió. Pero aún pudo leer un párrafo más:

Lloret tomó la decisión de volver el domingo 24 de abril de 1949. Acompañado por su abogado y un amigo de la familia, se presentaron en el ayuntamiento, donde las autoridades le comunicaron que ante todo era necesario que se personara en el cuartel de la Guardia Civil de la calle de Sant Antoni, donde ya se

habían reunido a toda prisa algunos falangistas de la villa. Cuando sus familiares consiguieron verlo, Lloret les advirtió que de aquella no saldría vivo, ya que los falangistas habían estado discutiendo sobre lo que había que hacer con él, sin medir el tono ni el contenido de sus palabras, de tal modo que el detenido lo escuchó todo y tuvo un trágico presentimiento.

—La memoria no puede ser un gran cementerio, no basta con recordar a la gente que amamos. También hay que preservar las vivencias y reivindicar su protagonismo, sobre todo cuando se trata de personas a las que los vencedores de la guerra quisieron borrar de los libros de historia para no tener que reconocer su ignominia —proclamé yo en voz alta, con voluntad de desagravio.

Fue muy emotivo. A mi suegro le habíamos oído contar episodios de la guerra, pero seguramente no le habíamos hecho el caso que merecía. A veces, no escuchamos a la gente mayor como deberíamos, olvidamos que buena parte de lo que somos y de lo que hemos conseguido, como familia y como país, se lo debemos a ellos. Por eso, que en el libro patrocinado por el Ayuntamiento de Sant Sadurní aparecieran fotografías de su padre junto a Pau Casals o Francesc Macià, pero que, además, se relatara la odisea que le tocó vivir y que se le tratase como a un héroe, era una forma de dar valor a su lealtad a Cataluña y a la República, al compromiso social y político de su vida. También un modo de darse valor a sí mismo, ya que no siempre sus hijos le prestaban atención, a pesar de las muchas veces

que había querido hacernos partícipes de una tragedia que a todos nos parecía lejana en el tiempo y maquillada por falsos recuerdos.

Pero el autor del texto de *Retrats* no era solo un investigador reconocido, sino que además había sido el primer alcalde democrático. Lo fue durante dieciocho años. Y no solo había tenido acceso a documentos incuestionables, sino también a testimonios de conciudadanos que vivieron una guerra extremadamente cruel, ya que fue entre hermanos, amigos y vecinos, y una posguerra casi aún más dura, epílogo inacabable de un relato de odios y revanchas que ni el tiempo ha sido capaz de difuminar.

Ese almuerzo no fue uno más. No solo para el hijo del sastre Lloret, sino para el resto de los miembros de la familia, que encontraron en la historia de aquel hombre bueno un elemento de unión y de cohesión. Antes de volver a casa, mi suegro quiso mostrarme un viejo papel de libreta que guardaba junto a otros objetos inverosímiles en una caja de galletas de lata. Se trataba de uno de los problemas de ajedrez que su padre le hacía llegar cuando estaba escondido en casa sin que él lo supiera: el dibujo de un tablero y de una serie de piezas. Era una jugada en la que había que proteger al rey de las piezas negras con un enroque para no acabar con un jaque mate al tercer movimiento.

—Pude rescatarla de la buhardilla, tras la muerte de mi padre. Unas semanas después, cuando se sintió bastante fuerte, mamá nos contó a mi hermana Antònia y a mí cómo tuvo que vivir durante su desaparición de la vida pública. Y en el escondite, en

el bolsillo de una americana de pana, encontré uno de los problemas de ajedrez que debía resolver.

—¿Y nunca sospechó que quien se los enviaba podía ser su padre? —le pregunté.

—La verdad es que no. De hecho, no supe que estaba vivo hasta que fui mayor de edad. Mi madre quiso protegerlo a él y también a mí, y me dijo que mi padre había muerto en la huida hacia Francia. Y yo no tenía por qué dudar de ella. Sí que pregunté más de una vez por aquel supuesto amigo suyo que me enviaba los problemas de ajedrez y al que no conocía. Pero por toda respuesta me dijo que era un amigo de Barcelona, que fue una de las últimas personas que había visto a mi padre con vida y que le había contado mi afición por el ajedrez. Durante muchos meses estuve recibiendo cada semana una carta con una nueva jugada que me obligaba a pensar en cómo resolverla antes de mover ninguna pieza del tablero.

—Está claro que, a veces, los tesoros no son de oro y piedras preciosas —le dije, viendo el cuidado con el que había desplegado aquella hoja de papel y la manera en que la miraba, mientras nos dábamos un abrazo en el recibidor de casa.

Por desgracia, mi suegro murió al cabo de poco. Días después de despedirle, tuvimos que abordar la ingrata tarea de vaciar el piso de la ropa y los objetos de los que la familia quería desprenderse. En un estante, encontré un ejemplar de *Por quién doblan las campanas* de tapas descantilladas. Hemingway es uno de mis autores preferidos, tanto en su faceta de periodista como de escritor, y se me fueron los ojos

hacia el libro sin poder evitarlo. Al hojearlo, vi una fotografía amarillenta en su interior, como si fuera un punto de libro. Aparecían cinco hombres bebiendo champán en medio de unos viñedos. Me llamó la atención el de la izquierda, porque hubiera jurado que era Ernest Hemingway, aunque se veía de perfil. ¿Hemingway en el Penedès? ¿Con el padre de mi suegro?

Llevado por la curiosidad, pregunté si podía quedarme el libro; nadie puso ningún inconveniente. El retrato me cautivó, era una especie de desayuno improvisado sobre la hierba. ¿Por qué guardaba esa foto mi suegro? ¿Acaso su padre había conocido al escritor estadounidense? Desconocía que Hemingway hubiera escrito nada de su paso por Sant Sadurní, donde había nacido mi suegro. Al menos, yo no recordaba ninguna referencia en sus crónicas de la guerra civil, recogidas en *Enviado especial*, un libro que tenía por casa. Pero era evidente que el retrato se correspondía a aquellos días, porque uno de los cuatro personajes que le acompañaban iba vestido de militar. Por su aspecto, el resto podían ser también periodistas, aunque iban demasiado arreglados para ir a ninguna guerra. Las ganas de saber más se apoderaron de mí en ese mismo instante.

¿Qué voy a decir de mi pasión por el periodismo? ¿De mis ganas de conocer el mundo que me rodea? ¿Y de mi curiosidad por el pasado? Además, consideraba que tenía una especie de deuda con mi suegro después de nuestra conversación sobre el destino de su padre. Yo disponía de más tiempo que antes, al no tener ya la responsabilidad de dirigir un

diario, y decidí escribir sobre lo que ocurrió, intentar averiguar qué era real y qué era leyenda en un relato familiar impresionante, sabiendo que tal vez habría detalles que no me gustaría descubrir. Porque, además de ser concejal, Antoni Lloret perteneció circunstancialmente al Comité de Milicias Antifascistas y lo acusaron de estar detrás de algunas muertes, episodios de los que la gente habla en voz baja, rumores que habían circulado por el pueblo. Necesitaba saber si había alguna sombra de culpabilidad en las actuaciones durante la guerra del padre de mi suegro. Del abuelo de mi mujer. Del bisabuelo de mis hijos.

Como dijo un gran maestro del ajedrez, en este juego, igual que en la vida, es necesario saber detectar el peligro y alejarse veinte jugadas antes de que se manifieste. La pena, la gran pena, es que el padre de mi suegro desconocía tal sentencia, de modo que en la última jugada perdió la partida. Y, lo más importante, la vida.